

una pregunta flotando en mi cabeza: ¿Vale la pena dedicar tantas páginas a esta cuestión? Y he visto que sí. Por esta rendija del testimonio Javier Prades te conduce hacia los más hondos problemas del conocimiento humano, de la fe religiosa y hasta del ser del hombre».

Hay libros destinados a convertirse en sillar de una buena biblioteca. Y sin duda éste es uno de ellos: porque ha sido capaz de detectar una prioridad pastoral y teológica para los próximos años; ha sistematizado de un modo admirable (extenso y profundo) la realidad que aborda, estableciendo un diálogo fecundo con la tradición filosófica (antigua, moderna y contemporánea) y con el Magisterio de la Iglesia; porque ejerce de guía eficaz en un laberinto poco explorado y deja entrever nuevos itinerarios para tiempos venideros. Pero sobre todo, porque se aprecia claramente que este libro es fruto de una teología hecha de rodillas (en palabras de Francisco), una teología vivida, experimentada, que sale al encuentro de los anhelos y las perplejidades del hombre contemporáneo.

Teresa GUTIÉRREZ DE CABIEDES  
Alejandro LLANO

---

**Óscar VALADO DOMÍNGUEZ**, *La música como Porta Fidei en la conversión de Manuel García Morente (1886-1942). Una interpretación teológica a partir de la relectura teológico-musical del «Hecho extraordinario»*, Ariccia: Aracne Editrice, 2015, 315 pp., 17 x 24, ISBN 978-88-548-8461-8.

Uno de los intelectuales más destacados en el panorama español del siglo XX fue Don Manuel García Morente, si bien su pensamiento y su persona no parecen haber recibido hasta la fecha la atención que merecen. Destacado filósofo de raigambre kantiana, llegó a alcanzar el cargo de Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Central de Madrid, gozando de notable prestigio y reputación en la época de la Segunda República. Sin embargo, el inicio de la guerra civil y su rechazo del radicalismo tuvieron como consecuencia su destitución del cargo y su inclusión en las listas de depuración, lo cual le movió a exiliarse en París. Fue allí donde la noche del 29 de abril de 1937 aconteció lo que denominaría un «hecho extraordinario», consecuencia del cual experimentó un profundo cambio. Tras unos años de enseñanza en

Tucumán (Argentina), regresó a España, decidiéndose a ser sacerdote. Ordenado en diciembre de 1940, apenas ejerció dos años el ministerio sacerdotal, pues murió como consecuencia de una operación –inicialmente sin importancia– el 7 de diciembre de 1942.

La obra que ahora reseñamos pretende contribuir a un conocimiento más profundo de este relevante pensador del pasado siglo. Viene a sumarse a algunas tesis doctorales que han sido defendidas en los últimos años en diversas Facultades y disciplinas. La originalidad del presente trabajo procede de la doble inquietud de su autor por la música y por la teología, habiendo recibido formación tanto en el Instituto Pontificio de Música Sacra como en la Pontificia Universidad Lateranense. Es en esta última donde, bajo la dirección de G. Lorizio, defendió la tesis doctoral que ahora publica de forma íntegra. El autor ve realizada en la persona y, muy especialmente en la conversión de García Morente, la deseada confluencia entre teología y música, al advertir que la música formó parte del «itinerarium fidei» del filósofo madrileño. El objetivo de esta publicación lo resume así: «identificar a Morente en su contexto histórico, evidenciar su conversión profundizando en el texto y contexto del *Hecho* desde una perspectiva teológico-musical y, por último, proponer la música como *porta fidei*» (pp. 23-24). Tomando como punto de partida lo sucedido en García Morente, el autor intenta desarrollar una reflexión más general, a la que llama en alguna ocasión «teología de la música».

Fiel a las directrices señaladas, Óscar Valado dedica la primera parte del libro a realizar un acercamiento histórico al personaje, para lo cual dispone de abundantes y oportunas fuentes. Le interesa subrayar, sobre todo, cuál fue el itinerario vital del profesor García Morente y, particularmente, su camino hacia la fe. Partiendo de la fe inicial, que le fue transmitida por su madre, va exponiendo su abandono de la fe y su posterior vuelta hacia ella después del «hecho extraordinario». El autor hace hincapié en la importancia de la música en la vida y, particularmente, en la conversión de Morente. Esta primera parte, que es necesaria y está bien documentada, resulta, sin embargo, la menos interesante desde el punto de vista del teólogo.

En la segunda parte se da un cambio de clave, avanzando una «relectura en clave teológico-musical» del «Hecho extraordinario». Para ello se dan tres pasos. El primero es un estudio del texto manuscrito en el que se narra la conversión. El autor pone el acento en que, además del «borrador», que es el texto más difundido, existe un texto «definitivo», que es un poco más largo y que fue destinado a su director espiritual, J. M. García Lahiguera. En el

análisis que se ofrece de este texto se pone de relieve «la influencia musical como propiciadora de un nuevo estado psicológico que, con la gracia de Dios, se transformó en una intensa experiencia de fe» (p. 132). El segundo paso es realizar un análisis musicológico de las tres obras que escuchó Morente la noche de su conversión: la «Sinfonía en re menor» de C. Franck, la «Pavane pour une infante défunte» de M. Ravel y un fragmento de «L'Enfance du Christ» de H. Berlioz. Concluida esta parte más técnica, se puede dar el tercer paso, que consiste en poner de relieve los aspectos teológicos de la experiencia de fe vivida por Morente. Según el autor, García Morente llega a la «percepción del Misterio» mediante un doble dinamismo, por una parte el de la contemplación de la belleza y, por otra, la gracia que actúa (cfr. p. 182). La belleza de la música abrirá el camino a la experiencia sobrenatural de la Belleza. A la percepción seguirá la «aceptación» del Misterio mediante la fe y la «experiencia» posterior del mismo, que el autor califica de «mística»: la experiencia inicial propiciada por la música fue «refrendada por una nueva experiencia de orden místico que, según Morente, Dios le concedió para consolidar la primera» (p. 209).

La última parte del trabajo –titulada «Postludio teológico»– desarrolla una reflexión principalmente teológica sobre la relación entre teología y música. Para ello comienza presentando el pensamiento de la Iglesia sobre la música (Escritura, Tradición y Magisterio) y la reflexión teológica desarrollada por algunos teólogos contemporáneos (H. U. Von Balthasar, H. Küng y P. A. Sequeri). A ello añade su tesis de que la música puede ser considerada como un nuevo «lugar teológico» puesto que es propiciadora de la contemplación y la experiencia de fe. Seguidamente el autor vuelve a García Morente con la finalidad de poner de relieve que la música fue el denominador común de su vida y fue el «locus» en el que se abrió a Dios. Así expone su tesis: «Nuestras investigaciones nos llevan a afirmar que Morente ha percibido en la contemplación de la belleza numerosas formas veladas de revelación, pero sólo cuando se dieron las circunstancias adecuadas y, por supuesto, una gracia especial, el silencio de Dios se convirtió en revelación no velada, propiciando un encuentro con el Misterio» (p. 248). En el capítulo final del libro reitera la tesis de que la música es punto de partida de una experiencia de fe y puede convertirse en lugar para el encuentro con la trascendencia. El Misterio puede estar escondido en la sonoridad de una obra musical (cfr. p. 272).

Óscar Valado explora en esta obra la «via pulchritudinis» como camino hacia Dios, aportando una preciosa reflexión al hilo de la vida de Manuel Gar-

cía Morente. Con ello sigue el camino iniciado por otros autores y, entre nosotros, por el benedictino Jordi-Agustí Piqué, quien ha desarrollado una teología de la música como «epifanía del Misterio». El autor tiene en cuenta estas aportaciones para incidir en la música como lugar de encuentro con Dios. Es justo valorar estas reflexiones sobre el camino de la belleza, tan importante, especialmente en nuestro tiempo, como camino de acceso a Dios.

Sin embargo, los límites que supone la redacción de una tesis de doctorado impiden que el autor desarrolle con más amplitud y precisión sus intuiciones. La «teología de la música» que se propone hacer en las primeras páginas de la obra, sólo queda esbozada. Esperamos, por ello, que Óscar Valado siga profundizando en este tema, que es camino de «nueva evangelización». En este sentido, haría tres apreciaciones. La primera se refiere a la noción de «lugar teológico» que usa. No es lo mismo decir que la música puede ser «lugar de encuentro» con Dios que decir que es un «lugar teológico». Creo que valdría la pena explicar con más detenimiento y precisión en qué sentido la música es o podría ser un lugar teológico. La segunda sugerencia se refiere al hecho de que el nombre «Dios» sea sustituido en casi toda la exposición por el de «Misterio». Este último término, que es usado en algunas fenomenologías de la religión (como la desarrollada por J. Martín Velasco), resulta insuficiente cuando se pretende hacer teología. Hablar del «misterio» o «lo numinoso» –como se dice en otros textos– nos introduce en la perspectiva de la filosofía de la religión y la fenomenología, pero al teólogo lo que le interesa es Dios. La última observación es sólo de estilo. Con bastante frecuencia, a lo largo del texto se dice que se está ofreciendo una «exposición exhaustiva» del tema (pp. 29, 38, 106, 109, 213) o que se hace un «análisis riguroso» (p. 38). Este tipo de calificativos es mejor dejarlos para los lectores y los críticos.

Por otra parte, la obra está escrita con soltura y precisión. El autor argumenta con claridad y va realizando al final de cada capítulo un resumen de las principales ideas expuestas, lo que facilita su lectura. Se deja ver en la misma la perspectiva de quien siente pasión por la música y, a la vez, por la teología, y que se esfuerza por mostrarnos que la música es lugar de encuentro entre la gracia divina y la persona humana. Este libro, a la vez que nos descubre numerosas facetas de García Morente, pone ante nosotros la necesidad de seguir explorando el camino de la belleza como vía que permite elevar la mente y el corazón al misterio de Dios.

Francisco CONESA